



DON JUAN DE AVILÉS.

NUEVA RELACION, EN QUE SE DA CUENTA como habiendo quedado este caballero con un mayoraazgo, y disputándosele, se le apareció el demonio, le facilitó unos papeles, y lo recuperó. Refiérese como viviendo en su compañía sin hacer obras de cristiano, vino al fin à convertirse, y tomó el hábito de San Francisco, y murió dando buen egemplo de virtudes.

Publiche à voces mi lengua
por las provincias mas grandes
con incesables clamores
el prodigio mas notable,
que se ha hallado en las historias,
ni se ha escrito en los anales.
Y así para que el vagel
de mi tosco rúmen rasgue
por el mar siempre sereno
de las fijas verdades,
sin naufragar en un punto
en los cómicos legales
versos de esta insigne historia,
que noticia claridades,
imploraré los auxilios
de aquella Antoreha brillante



* que en sus dorados doseles
levantó con magestades
su trono, y fue coronada
de Serafines amantes,
por Reyna en los altos cielos,
y por Abogada y Madre
de todos los pecadores,
Virgen pura, Aurora amable;
porque sin su gran favor
no saldé bien adelante,
y así, discreto auditorio,
gratos oídos prestadme.
En la ciudad de Valencia,
que es de la España el esmalte,
cuyas célebres murallas
son de aquel pais atlante,

ò pirámides que suban
hasta el cielo sus remates,
à beberle al sol las luces,
ó à cobrarle vasallage:
en aqñeste non plus ultra,
puerto hermoso de los mares,
donde el soberbio Neptuno
continuamente incesable
inunda sus bellas plantas
con bostiz s de cristales.
En este hermoso jardin
lleno de fecundidades
nació un noble Caballero
de esclarecido linage
era Don Juan de Avilés
su nombre, y quedó sin padre
à los diez y ocho años
de su edad (pena muy grande!)
El quedó por heredero
del caudal innumerable,
y un dilatado pariente
de su tronco, rama y sangre
se opuso luego à su punto
à querer deheredarle,
alegando con razones,
y litigios improbables,
como dicho mayotazgo
no era de Don Juan, y hace
aprobacion como es suyo,
siendo los Consej s reales
diferendos, y el oro
hizo en ellos la mas parte,
porque como es atractivo,
hacer errores bien sabe;
que no es de nuevo en el mundo,
hacer cosas semejantes,
que como es mundo, está lleno
de culpas tan execrables.
En fin, Don Juan de Avilés,
se salió al campo una tarde,
por divertir sus tristezas,
y aliviar algo sus males;
sentóse al pie de una fuente,
por ver sus claros cristales,
y entre penas y congojas,
entre suspiros y ayer,
repassaba el infortunio
de su suerte tan mudable:

*
haciendo aquestas ideas
estaba, cuando delante
de su vista se aparece
un mancebo, cuyo arte
de persona à entender daba
que era insigne personage,
y sin decir mas palabra,
le dijo razones tales:
dime: Don Juan de Avilés,
qué afflicciones te combaten?
por qué estás triste? no temas,
que soy quien viene à ampararte;
así vuelve en alegría
tus indecibles pesares,
que todo quanto te pasa
lo sé, sin que un punto falte,
y pues te he dicho que soy
quien viene en todo à librarle,
te diré tambien quién soy;
y así para no cansarte,
yo soy lucifér, que vengo,
movido de mis piedades;
à sacarte de este ahogo,
antes que en él peligrases,
pues por mucho que fluctáes,
jamás ya podrás librarle
si de mí mismo no tomas
la ayuda para escaparte;
yo no te pido escritura,
ni que tu alma me mande,
porque no es tuya, y no puedes
dar lo que nunca compraste;
solo pido que la vida
que te queda de restante,
la emplees en andar siempre,
à mi lado, y que no hable
tu boca cosa divina
de Dios, ni su santa Madre,
ni entres en templo ninguno,
ni nunca has de confesarte,
ni oír misa en ningun tiempo,
ni tampoco persignarte,
ni has de rezar el rosario,
ni jamás de él acordarte:
guardando estas condiciones,
te daré sin dilatarle
papeles, por donde conste
que te viene por linage
*

el mayorazgo, y así
responde lo que te agrade.
Don Juan de Avilés al punto
le dijo que sí, y se parten
los dos con mucha alegría,
desesos se lograrse
à cada uno su intento,
y llegaron à unos valles,
donde siendo media noche,
dice el autor que esto trae,
que vieron tan clara luz,
como cuando el sol brillante
va en medio de su carrera,
y entrando mas adelante,
se hallaron en un palacio
tan hermoso y admirable,
que eran todas las paredes
de esmeraldas y diamantes:
entraron dentro; y estaban
las paredes con gran arte
vestidas de mil presear,
de colores admirables,
de alhajas de oro y plata,
de alabastros y de jaspers,
todo el techo era de oro,
y porque mas lo adornase,
tenia de trecho à trecho
flores de hermosos granates,
pinturas muy excelentes
al pecir incomparables,
y en medio de una gran cuadro
adornada de metales
habia una hermosa fuente
vertiendo claros raudales
entraron à un cuarto, donde
estaba lleno de esmaltes
un escritorio, y abrió
con una pequeña llave
una gaveta, y sacó
de ella unos papeles grandes,
y à Don Juan los entregó,
para que él mismo los guarde,
de allí lo llevó à un jardin
tan famoso y deleytable,
que absorto se quedó al ver
su amenidad agradable,
su longitud adornaban
tambien formados cuadrantes,

*
de los cuales producian
flores de mil calidades,
y para inundar las plantas
y los árboles frutales,
habia seis bellas fuentes,
y un número de galanes,
en cada una, que à estos
el agua danzar les hace.
Don Juan absorto le dijo
con gozos de él naturales:
de quién es este jardin,
y el palacio que aquí yace?
El demonio respondió,
sin en nada perturbarse:
para Don Juan de Avilés
es este apacible parque.
Don Juan de Avilés le dijo,
algo mudado el semblante:
pues si aquesto fuera así,
fuera de España el muy grande,
pero tan alta fortuna,
no creo se me lograrse.
Pero el soberbio enemigo
se afirma en ello, y se salen
del jardin, y à la salida
debajo de los umbrales
de la puerta habia nacido
un bello clavel fragante.
Don Juan de Avilés al punto,
por el olor tan suave
lo arrancó con los tres dedos
que se hallan manuales;
pero al tiempo de tirar,
derretidos se le caen
los tres dedos en el suelo,
sin salir gota de sangre.
Sufió el dolor quanto pudo,
y sin dilacion se parten
los dos al real Consejo,
donde alegres y triunfantes
en breve tiempo salieron
con sentencia favorable.
A Valencia se volvieron,
donde sin dificultades
le dieron su mayorazgo
todo muy por sus cabales.
Así vivió doce años,
sin que ni un punto guardase

de Dios los altos preceptos,
ni tampoco frecuentase
de la Iglesia ningun templo,
ni de María acordarse,
siendo amigo del demonio
en tantas conformidades,
que eran dos cuerpos y un alma,
y en una dos voluntades.
Pasando los dos amigos
una señalada tarde
por la puerta de un convento
de mi seráfico Padre,
dió à Don Juan tan gran dolor
en su pecho de diamante,
y juntamente con él
un impulso de arrojarse
al santo templo, y se halló
en el medio de su nave;
el demonio vuelto en iras,
y entre rabias infernales
le decia : ò vil traydor,
que el precepto quebrantaste,
sin ver que de mis furores
nadie podrá reservarte,
vuélvete à mi compañía,
ó he de despedazarte.
Don Juan de Avilés se puso
orando hácia los altares,
y en uno de ellos estaba
con culto muy venerable
colocado aquel Señor
que es el bien de nuestros males,
enclavado en una cruz,
y postrándose delante,
le dijo aquestas razones:
Señor mío, Dios amante,
habrá en vuestra gran bondad
para este pobre ignorante
de Juan de Avilés perdon?
Y al punto la sacra Imàgen,
inclinada la cabeza,
le dió el sí (caso admirable !);
pero Don Juan de Avilés
le dijo : Señor, me place
pero yo quiero ese sí
de los purpúreos cristales
de vuestros labios, y al punto
su rojo carmin se abre,

* y le dijo : sí, Avilés.
Y sin mas razon, se parte,
y al Guardian de aquel convento
clara relacion le hace
de su vida, y le pidió
que el hábito le otorgase,
y mientras viva con él,
no ha de salir à la calle.
Concedióselo el Guardian
con buen afecto; y con grande
gusto de los Religiosos
el hábito venerable
le vistieron, y despues
con un afecto entrañable
mandó que su mayorazgo
al convento se entregase,
porque ya sin sucesor
estaba que lo estorvase.
Y en este santo convento
murió, dando egemplo grande
de santidad, pues lo hallaron
en su celda ya cadáver,
vertiendo sus ojos perlas,
y su corazon amante
abrazado à un Crucifijo,
que no pudieron quitarle,
y en un monumento nuevo
sepulcro à su cuerpo le hacen.
Conque así los pecadores
sepan de Dios lo inefable,
lo poderoso y lo justo,
la piedad de sus piedades:
lo amoroso y justisiero,
y de su poder lo grande,
y del modo que amparó
à esta alma en este lance.
Ninguno pues desconfie,
por mas que sus culpas graves
le asombren, que Dios es siempre
mar de piedad insondable,
y espera que le pidamos,
cual tierno amoroso padre,
consuelo en las afficciones,
y alivio en todos los males.
Pidámosle muy de veras,
por su santísima Madre,
que nos dé gracia en la vida,
y en la muerte nos ampare.